

# UN ARAGONÉS DE “DENTRO” Y OTRO DE “FUERA”.

## Consecuencias de la guerra civil en la vida y obra de Pedro Laín y Ramón Sender.

Por *Antonio VILLANUEVA*

En un lapso de veinte años se nos han ido dos de los aragoneses más destacados del siglo XX: Ramón J. Sender (Chalamera de Cinca, Huesca, 1901- San Diego, California, 1982) y Pedro Laín Entralgo (Urrea de Gaén, Teruel, 1908 – Madrid, 2001). Escritor el uno altoaragonés, médico y polígrafo del Bajo Aragón el otro. Si no han sido estrictamente coetáneos (siete años mayor el novelista), sí son al menos contemporáneos y creo que podemos decir de la misma generación: la de aquellos que hicieron (o, por mejor decir, “sufrieron”) la guerra (in-)civil.

A los dos les ha dedicado la revista turolense *Turia* su “Cartapacio” (en el año del centenario del nacimiento en el caso de Sender y al año del fallecimiento, en el del ilustre académico urreano), y de los dos pretendo hablar aquí como destinos marcados por la contienda fratricida que vivió España entre 1936 y 1939<sup>1</sup>. Ahora que han prácticamente desaparecido los participantes de uno y otro bando, no me parece inapropiado dedicar algunas reflexiones a las consecuencias que en ambos lados dejó aquella locura nacional, de cuyo inicio pronto se cumplirán setenta años.

Pedro Laín y Ramón Sender lucharon en banderías diferentes durante el enfrentamiento intestino. Los dos eran enemigos de una República que no conseguía traer ni la paz ni la justicia social ni el progreso al país. El falangista Laín, miembro de Acción Católica y partidario del tradicionalismo, apoyó convencido el alzamiento

---

<sup>1</sup> Creo que esta es la primera vez que alguien se ocupa de relacionar a los dos autores aragoneses. La única referencia que relaciona a ambos, aunque muy lateralmente, la he encontrado en Manuel Béjar, en su artículo “Estructura y temática de *La noche de las cien cabezas*”, publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 277-278, 1973, pp. 161 a 185, y reproducido en Mainer Baqué, José-Carlos, *Ramón J. Sender. In memoriam. Antología crítica*, Zaragoza, DGA-Ayto. Zaragoza-Institución “Fernando el Católico”-C.A.Z.A.R., 1983, pp. 299 a 322. Allí, en la p. 300, dice Béjar que la defensa de la vida intuitiva, “ganglionar”, que hace Sender en la novela coincide con la apología del nuevo humanismo, crítico ante la sociedad burguesa, que hizo Max Scheler en 1914, y copia una larga cita del pensador alemán traducida por Pedro Laín en *Teoría y realidad del otro*.

militar franquista. El republicano Sender, inclinado al anarquismo primero y al comunismo después, corrió a defender al régimen republicano, aunque lo encontraba tibio y burgués ante las cuestiones sociales; particularmente, no le perdonaba su pusilánime reforma agraria ni, menos aún, la feroz represión del levantamiento de Casas Viejas (Cádiz).

Así pues, Laín y Sender sintieron la necesidad de participar en la contienda, cada uno en defensa de sus ideales, uno a cada lado de la trinchera. El resultado de las acciones bélicas, con la derrota de los leales, determinó el exilio de Sender y la permanencia en España de Laín. Pero las consecuencias de la experiencia militar fueron terribles para todos. Los dos sintieron en sus carnes el dolor por la pérdida de los seres queridos, la rabia por la falta de libertad, la angustia del que se sabe impotente para cambiar las cosas. Los dos vivieron horrorizados desde 1936<sup>2</sup>. Los dos tuvieron que enfrentarse ante sí mismos al peso de la culpa. Los dos tuvieron que inventar un nuevo proyecto vital para seguir adelante...

Me gustaría insistir en las semejanzas y diferencias del proceso de reacomodación a la vida de estos dos aragoneses después de la vivencia traumática de la guerra civil. De paso, aprovecharé para señalar similitudes y discrepancias en sus biografías y trayectorias, anteriores y posteriores al trágico evento bélico. Empiezo, pues, por la infancia.

Sender procedía de familia alcoleana pequeñoburguesa, propietaria de tierras y con posición social. Su padre era secretario de ayuntamiento y su madre ejerció de maestra hasta que los numerosos alumbramientos (dieciséis partos, de los que sobrevivieron diez hijos) la obligaron a concentrar sus energías en la administración del hogar. El novelista de Chalamera ha contado con detalle, sobre todo en los primeros volúmenes de *Crónica del alba*, enealogía escrita entre 1942 y 1966, sus felices correrías infantiles por la “glera” del Cinca. Él mismo alude a su condición de

---

<sup>2</sup> De manera muy clara, dice Laín en *Descargo de conciencia*: “Por todo ello, mi conciencia moral ha vivido íntimamente perturbada desde aquel agosto de 1936 hasta hoy mismo...” (citado en AYALA, Jorge M.: “Descargo de conciencia”, *Turia*, 61 (junio 2002), p. 206).

niño rural y, al tiempo, aburguesado, a causa de la desahogada situación económica de su familia:

“He tratado de ser un burgués sin conseguirlo. Más a menudo he tratado de identificarme con los llamados proletarios sin lograrlo tampoco (...), he estado como casi burgués o casi proletario en el centro de casi todos los acontecimientos importantes de la vida de mi país y en ellos he tomado naturalmente el lado del pueblo por una cierta inclinación a lo noble. Allí donde se alzaba la protesta, allí estaba yo. La vida era fea y alguien tenía la culpa”<sup>3</sup>.

Exactamente en los mismos términos se expresa Laín, al evocar sus infantiles años urreanos, también enormemente felices. El escritor turolense se refiere, como Sender, a la doble condición burgués-proletaria de sus orígenes, pues su padre era médico rural. Laín vivió en Urrea rodeado de cariño y en un ambiente liberal; posiblemente su padre influyera en su vocación por la medicina. Sus progenitores eran un “matrimonio ejemplar”, se respetaban mutuamente; él, republicano y ella, católica conservadora. De los tiempos felices nos habla Alfonso Zapater:

“Aquellos primeros nueve años de su vida los pasó correteando por calles y plazas, jugando al escondite en el cantón de Meca, a espaldas de su casa natal, y correteando después para irrumpir en la plaza. Y más tarde, enfilaría por su otra calle, bajo el arco de la Virgen de Arcos, en dirección al río Martín, a mitigar los calores, zambulléndose, junto a los demás chicos, en el pozo de La Badina”<sup>4</sup>.

En el hogar conoció muy pronto el pequeño Pedro la tolerancia ante el otro. No así Ramón José, con cuyo padre, intransigente, carlista y conservador, nunca se entendió, hasta el punto de que, a los diecisiete años, se marchó de casa y se fue a Madrid. La encarnación del amor y la entrega la representará, en el caso de Sender, su madre, doña Andrea Laspalas, a la que siempre manifestó gran afecto. Cuando, por mor de la tragedia civil, ambos autores tuvieron que reconstruir su proyecto vital en busca de un afán de integración, de convivencia –la “España asuntiva” de que

---

<sup>3</sup> SENDER, Ramón J.: *Los cinco libros de Ariadna*, Ibérica, Nueva York, 1957. Cita tomada del prólogo, p. VI.

<sup>4</sup> Citado en DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan: “Laín Entralgo y Aragón”, *Turia*, 61 (junio 2002), p. 252.

hablaba Laín, en la que cabían vencedores y vencidos— acudirían a sus recuerdos hogareños de infancia, a la imagen de los progenitores en el caso de don Pedro, a la de la madre en el de Sender (y a la de la angélica Valentina, su gran amor infantil).

Además de estos orígenes, más o menos comunes, de los dos aragoneses, y de la importancia que creo tuvieron en el pensamiento de ambos tras la guerra civil, pues los dos volvieron la vista a su tierra aragonesa, a sus primeros años felices, a un aragonesismo transformado casi en militancia, a la búsqueda de una paz convivencial truncada por el trauma bélico, hay otras peripecias y actitudes vitales muy semejantes en uno y otro autor que paso a comentar.

Los episodios vinculados a la vivencia de la guerra son especialmente dramáticos en los dos escritores estudiados, que comprobaron en su propia piel la saña y el rencor que desatan los enfrentamientos armados.

En el caso de Sender, como es sabido, perdió a su primera mujer, Amparo Barayón, fusilada en Zamora por los franquistas, en una oscura trama de delaciones y rencores familiares que también llevó ante el paredón a dos hermanos de Amparo<sup>5</sup>. Fue asimismo fusilado su hermano pequeño, el abogado Manuel Sender, antiguo alcalde de Huesca, militante del partido de Azaña, Izquierda Republicana. Ramón José estuvo perseguido por los nacionales e incluso por los comunistas, de los que se había alejado por discrepancias políticas y quienes iniciaron una campaña de “acoso y derribo” contra él<sup>6</sup>. Además, tuvo que salir del país sin poder llevarse a sus hijos, Andrea y Ramón *júnior*, huérfanos desde los sucesos de Zamora, y sólo pudo reunirse con ellos en Francia, algunos meses después, gracias a la mediación de la

---

<sup>5</sup> El hijo de Sender, Ramón Sender Barayón, documenta en su libro *A Death in Zamora (Muerte en Zamora)* todo lo concerniente a la huida de su madre a la capital castellana y su posterior fusilamiento, si bien en un tono sesgado, de ajuste de cuentas con el padre, al que recrimina acremente.

<sup>6</sup> La profesora Donatella Pini Moro ha estudiado profundamente la cuestión de la supuesta degradación de Sender por Enrique Lister y todo el montaje propagandístico tramado por el Partido Comunista de España contra el escritor.

Cruz Roja Internacional. Todas estas tragedias amargaron los primeros años del exilio senderiano, durante los cuales la idea de suicidio rondó incluso por su cabeza<sup>7</sup>.

También Laín sufrió en el seno de su familia aquella cruenta división de las “dos Españas”. Su hermano José (1910-1972) era militante comunista y pagó su participación en la sublevación minera del 34 asturiano con el destierro en Francia, pasando a Rusia al término de la confrontación nacional. El dolor por el hijo acabó con la madre a los pocos años. El padre, republicano, se opuso a la quema de la iglesia de Urrea por parte de las milicias anarquistas y esta oposición (a pesar de la cual el templo, con sus pinturas de Goya y los Bayeu, fue quemado) le costó amenazas de muerte, el saqueo de su casa y casi, casi la vida. Como protesta, el médico se fue del pueblo y se estableció en Sueca (Valencia), donde murió. El suegro de Laín, prestigioso médico en Sevilla, fue fusilado por republicano. Y el marido de su hermana Concha, detenido por “rojo”, gracias a la ayuda de Pedro pudo salir de España.

En fin, como podemos ver, a pesar de estar en el bando ganador, Laín sufrió los reveses de la guerra y es por ello por lo que emprendió con enormes esperanzas la tarea de la paz. Anhelaba una España integradora en la que se acogiera a todos sin reparos. Pronto llegaría el desengaño. El monstruo de la revancha no quería un amanecer plural y democrático para este país. Así lo explica el ilustre polígrafo en *Descargo de conciencia*:

“No alcanzo yo a saber, la conjetura de los futuribles no es mi fuerte, si el abismo creado por la contrapuesta marea de asesinatos políticos (perpetrados, en uno y otro bando, durante la guerra civil) podía o no podía ser salvado después de 1939; sólo sé que no se intentó salvarlo; más aún, que la represión legal o ilegal subsiguiente a la victoria –juicios ante diversos tribunales, depuraciones administrativas, “responsabilidades políticas”, punición oficial de dos provincias, leyes y procesos contra la masonería y los masones, comandos nocturnos en los suburbios de las grandes ciudades, etc.--, fue haciéndolo más grande. La causa de la incorporación de los vencidos a la España victoriosa quedó

---

<sup>7</sup> En su novela *Proverbio de la muerte*, después rebautizada como *La esfera*, aparece obsesivamente la idea de suicidio. Tema que también está en algunas otras obras suyas, como *Nocturno de los catorce*.

definitivamente arruinada (...) El maniqueísmo político-moral se hizo doctrina tácita o expresa entre los vencedores –nosotros, “los buenos”, más aún, “el bien”; ellos, “los malos”, más aún, “el mal”--, y al “rojo”, incluso al sólo presunto “rojo” no le quedó más que esta opción: el disimulo táctico o el paso a las tinieblas exteriores”<sup>8</sup>.

La guerra supuso vivencias desagradables, traumáticas, para Ramón Sender y Laín Entralgo. Ello determinó en ambos autores una negativa a recordar ciertos episodios especialmente dolorosos. Sender se refirió en múltiples ocasiones a “un pudor de la desgracia” que le hacía callar y evitar el recuerdo<sup>9</sup>. Ni siquiera cedió a las presiones de la evocación ante el requerimiento de sus hijos, algo que ellos no le perdonaron nunca, pues sólo a través del padre podrían tener noticias de la madre muerta. No cabe duda de que, por una u otra razón, le quedó cierta “mala conciencia” de superviviente: él vivía y sus seres queridos habían muerto. En *Libro armilar de poesía y memorias bisiestas*, dedica estas palabras a su hermano Manuel:

“...mi alma recurre a él para salvarme a mí de mi desdén por mí mismo. A mí. Porque desde que murió mi hermano tan noblemente como un campesino y como un infante de Aragón, y yo salí huyendo por los caminos del sobrevivir con el pretexto de salvar a mis hijos, desde entonces yo tengo derecho a despreciarme. Y cuando me desprecio oigo la voz simplísima y terrestre de mi hermano, que me dice: No, hombre, una persona tan probada por la desgracia y por el peligro no debe pensar eso. Nadie tiene nada que reprocharte, y, en mi caso, eso que llamas mi superioridad y mi privilegio ha sido sólo casual y se debe a un cruce fortuito de circunstancias que no dependía de mí. Me mataron injusta y espectacularmente, es verdad. Eso fue lo único lamentable, el espectáculo. Mi muerte no tiene ningún mérito. No me envidies... Tú habrías muerto igual que yo... Lo único triste es que el cuerpo pide el

---

<sup>8</sup> LAÍN ENTRALGO, Pedro, *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Barral Editores, 1976, p. 278.

<sup>9</sup> Por ejemplo, le dice a Marcelino C. Peñuelas, en *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1969, que “hay muchas cosas [en su libro *Contraataque*] y de algunas es doloroso hablar”. Y en esa novela-reportaje, *Contraataque*, Salamanca, Almar, 1978, p. 390, Sender advierte que no se siente en condiciones morales más que de comunicar a sus lectores la muerte de su esposa Amparo y subraya que el dolor lo enmudece: “Aunque quisiera no podría hablar más de eso”. También en el “Prefacio del autor sobre las novelas históricas”, que pone al frente del tomo I de sus *Obras completas*, Barcelona, Destino, 1976, dice que, en la guerra civil, “...sucedió lo que todos sabemos y todos hemos lamentado. No hay una familia española en la que no haya al menos una persona caída en sangre durante los años fatídicos. En la mía cayeron tres, entre ellas la madre de mis hijos que estaba con ellos en el campo contrario cuando comenzó la guerra. He hablado pocas veces de eso, porque hay un pudor de la desgracia entre nosotros, los hombres, como lo hay del sexo entre las mujeres. Pero la espina ha estado clavada siempre y sigue estándolo en lo más sensible de mi intimidad”.

decoro y cae en gestos y excesos patéticos, pero es sólo el cuerpo, y uno ya no está allí. Cosas como ésta me dice mi hermano”.

En cuanto a Laín, los malos recuerdos le mantuvieron alejado cuarenta y un años de su pueblo natal, hasta que, en 1996, volvió para ser declarado “hijo predilecto”. Cito a través de Domínguez Lasierra<sup>10</sup>:

“Es un asunto que me resulta muy penoso de recordar. Mi experiencia con el pueblo en la guerra civil fue muy dolorosa. Mi padre, que fue médico en Urrea de Gaén, era muy querido aquí, como mi madre, que murió en este pueblo. En la guerra civil, la localidad fue ocupada por los dos bandos, y los dos, rojos y nacionales, saquearon la casa de mis padres. Y eran gentes conocidas, incluso amigas. De mi casa natal no me quedó ni un retrato, ni un cuadro, ni un papel, ni un instrumento quirúrgico de mi padre, ni un mueble, no me quedó nada (...) Todo esto me produjo gran conmoción y mucho dolor. Después aún sucedieron más cosas y explica que tardara tanto tiempo en volver”.

En definitiva, vemos cómo la guerra ha dejado fisuras en el equilibrio emocional de los combatientes, al margen del bando en el que hayan luchado. Ambos tienen que mirar para adelante, olvidar ciertos aspectos desagradables de su pasado, situaciones que los deprimen o encolerizan. Sin embargo, ambos optan también por una reconciliación con su ayer, con su pueblo natal: Laín aceptando el reconocimiento de Urrea, Sender volviendo a Chalamera “en olor de multitudes” en 1974, tras casi cuatro décadas de exilio. Y, por supuesto, eligen una intensa revivencia de su pasado aragonés<sup>11</sup>, de un orgullo aragonésista alejado del baturrismo y el folclorismo<sup>12</sup>. Sender llenará sus novelas de aragonesismos y Laín promoverá,

---

<sup>10</sup> DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan: art. cit., pp.250-1.

<sup>11</sup> En el art. que acabo de citar de Domínguez, p. 253, se recuerdan los orígenes altoaragoneses del padre de Laín, la vida en Urrea, Teruel y Zaragoza, el aragonesismo integral del académico. En cuanto a Sender, nace en la provincia de Huesca, pero vivió en Zaragoza y Alcañiz (Teruel). Los dos escritores han sido grandes viajeros (Sender presumía de que había recorrido el mundo entero), han vivido en muchas partes y, más que de aragonesismo, podría decirse que se trata de pan-aragonesismo, con inclusión de todo el territorio autonómico.

<sup>12</sup> Ese desprecio por lo tópicamente baturro, así como el poco aprecio por la jota, es más marcado en el científico Laín. Sender, por carácter y oficio, estuvo más cerca de las formas populares. Concretamente, apreció la jota como manifestación típicamente aragonesa. Un jocoso desquite del destino ha predestinado el aragonesismo de Ramón Sender, que lleva la “jota” puesta en la inicial de su segundo nombre, J(osé), con la que le gustaba firmar; y también ha hecho que don Pedro sentara sus reales en la Academia en el sillón “j” minúscula. La “jota” de Sender no le pasó desapercibida al alegre Giménez Caballero, que en “Robinson literario de España”, 15 agosto 1931, dice: “Leía hace poco un artículo de Sender en el *Boletín* de Cenit sobre el anarquismo en nuestra literatura que me

desde su condición de académico, la adopción de algunas voces dialectales de nuestra tierra en el DRAE. Ambos autores admiraron profundamente el ejemplo de Ramón y Cajal. Sender, además, hace continuos guiños aragonesistas en sus obras y cita a otros grandes autores de su tierra natal: Goya, Gracián, Servet, Lanuza, Antonio Pérez...

La experiencia bélica deja en los supervivientes un sentimiento de culpa. Sender, verbigracia, alude en alguna ocasión al hecho de que los nacionales mataron a su mujer por no haberlo podido coger a él, que era quien realmente debía haber muerto. También se duele del asesinato de su hermano Manuel, según dice mucho mejor persona que él. El tema de la culpa y su expiación está muy presente en toda la producción senderiana (*El rey y la reina, Réquiem por un campesino español, El verdugo afable, Los cinco libros de Ariadna...*) y ha dado lugar a magníficos estudios críticos<sup>13</sup>. En Laín, el sentimiento culposo ha dado pie a la publicación en 1976, en plena transición a la democracia, del libro *Descargo de conciencia*, en el que pide perdón por su “pecado de omisión”, que no de acción, al no haber roto primeramente y con más virulencia con el régimen franquista, con el que convivió demasiado beatíficamente durante muchos años<sup>14</sup>.

La confesión pública es una forma de exonerar esa culpa que embarga al vencedor y al vencido<sup>15</sup>. Otra manera de enfrentarse al traumático ayer es, en el caso

---

impresionó y me gustó. Sender entiende de esto. Es un amigo. Es aragonés (por eso baila una jota entre su nombre y su apellido)" (recogido en *El procurador del pueblo y su cronicón de España*, Madrid, Ediciones Umbral, 1984, pp. 333-334. Citado por Vived Mairal, Jesús, *Ramón J. Sender. Biografía*, Madrid, Páginas de Espuma, 2002, p. 207).

<sup>13</sup> V. sobre todo el magnífico art. de José-Carlos Mainer “La culpa y su expiación: dos imágenes en las novelas de Ramón Sender”, *Papeles de Son Armadans*, 161 (1969), pp. 117-132. El escritor aragonés le dice a Peñuelas, *Conversaciones...*, p. 277, “Pero podría haber protestado más de lo que protesté (...) Entonces al final de la guerra me sentía culpable y sigo sintiéndome culpable”.

<sup>14</sup> El art. cit. de Jorge M. Ayala (v. nota 2) es un magnífico análisis de este libro de Laín, hombre de bien, alejado de las polémicas, amigo de ayudar incluso al rival ideológico. En este aspecto, la personalidad lainiana es bien diferente de la de Sender, polemista nato, hombre de carácter, quien tuvo multitud de enfrentamientos a lo largo de su vida (incluida la famosa discusión con Cela, en la casa de Mallorca de aquél), y se creó incluso cierta fama de “ogro”, de persona agria y desabrida; tópico contra el que, por cierto, reaccionó Peñuelas, en su libro citado.

<sup>15</sup> En el caso de Laín, no todo el mundo ha comprendido bien su “descargo de conciencia” sin que nadie se lo pidiera y, además, realizado una vez muerto Franco. En uno de los últimos libros que he leído, *Leer para contarlo. Memorias de un bibliófilo aragonés* (Zaragoza, Ibercaja, 2003), de José Luis Melero, el autor elogia a Dionisio Ridruejo porque tuvo “valentía al abandonar tempranamente una posición de privilegio en el Régimen a la que ninguno de sus amigos –los Laín, Tovar, Panero,



de Sender, la reinención de la propia biografía, reescrita en tono idílico en la ya citada *Crónica del alba*. El narrador del Cinca inicia, además, un productivo ciclo de novelas históricas (*La aventura equinoccial de Lope de Aguirre, Tupac Amaru, Jubileo en el Zócalo, Tres novelas teresianas, Bizancio...*), por dos razones principales: porque el exilio le priva del contacto con la realidad cotidiana de su país y para hallar en el pasado una explicación del cainismo nacional<sup>16</sup>.

Este mismo intento explicativo lleva a Laín a indagar en el llamado “problema de España”. Curiosamente, aunque el estudioso turolense gozaba del día a día español, la espesa realidad del régimen nacionalcatólico le arrastra a un fértil profesionalismo, al ejercicio de su vocación intelectual, desentendido de la participación política y desencantado de un régimen del que había esperado conciliación y en el que sólo había encontrado integrista y rencor. En Laín, la indagación del pasado, lo histórico, alcanza la categoría de modo de conocimiento. No hay que olvidar que su cátedra era de Historia de la Medicina y que se adscribe explícitamente a la concepción herodotiana de la historia como “magistra vitae”: el pasado, puente hacia el futuro. Estudia, como Sender, a la generación del 98, la de los “preocupados por España”. Publican ensayos sobre las principales figuras noventayochistas, identificándose Laín sobre manera con el agónico Unamuno y Sender con el vitalista Valle-Inclán<sup>17</sup>. Pedro Laín, como hiciera otra aragonesa del

---

Rosales— quiso entonces renunciar” (p. 22). Añade Melero que él es un gran lector de memorias y que ha leído muchas: “...Cela, Laín (quien las tituló *Descargo de conciencia* y que muy astutamente esperó hasta abril de 1976, es decir, muerto ya Franco, para hacer público tan benéfico y provechoso arrepentimiento), Aranguren, Ridruejo (que idealista como era decidió “descargar su conciencia” bastantes años antes que su amigo Laín y así le fue al pobre, que tuvo que padecer cárceles y destierros)” (p. 98).

<sup>16</sup> Sender utilizó durante un tiempo un papel membreado para su correspondencia particular en el que se leía la frase de Horacio “Iberia ferax venenorum” (“España, fértil en venenos”).

<sup>17</sup> Laín, además de su preocupación por intelectuales liberales, como Marañón, Ortega o Unamuno, quiso recuperar la faceta más tolerante de Marcelino Menéndez y Pelayo; no la del ultramontano defensor de “España, luz de Trento, espada de Roma, martillo de herejes...” que aparece en el *Brindis del Retiro*, sino la del erudito de tarea titánica y comprensión para todos. Sender no manifestó gran interés por el polígrafo santanderino, fuera de un par de artículos periodísticos, como “Menéndez Pelayo, la confusión y la conspiración”, *Ibérica por la Libertad*, 5.1 (15 enero 1957), pp. 9-10. Sin embargo, lo considera modelo de sabiduría como demuestra lo que dice el narrador en *Gloria y vejamen de Nancy*, Madrid, El Magisterio Español, 1977 (cuarta entrega de la pentalogía): afirma que la americana habla cada vez mejor nuestro idioma, aunque su “doctorado en gitanería no la obliga a saber tanto español como Menéndez Pelayo” (p. 7). Como curiosidad, señalaré que en sus años de estancia en Madrid vivió Sender en la calle Menéndez Pelayo, cerca del Retiro.

“exilio interior”, doña María Moliner, ante una realidad que le disgusta, se entrega a su tarea universitaria con ejemplaridad y fecundidad extraordinarias<sup>18</sup>.

En definitiva, una realidad nacional frustrante y nada aleccionadora cambia el destino vital de estos aragoneses, que de combatientes en primera línea pasan a la condición de espectadores, entregados a la realización de sus más íntimos afanes intelectuales, la vocación científica o la pasión literaria. Ambos abandonan la lucha activa, la militancia dogmática, se desinteresan o desencantan de la acción política y se abren a un mundo mucho más complejo y tolerante. Viajan, leen, piensan y renuncian a “su” razón para buscar la razón de todos y la convivencia en paz en el respeto a las ideas ajenas.

En Sender, el mestizaje cultural (las culturas árabe, gitana, hispanoamericana, rusa, sajona...) está en la base de sus mejores obras del exilio (*Mexicayotl*, *El pez de oro*, *El alarido de Yaurí*, *La tesis de Nancy*...). En su última etapa, hay un afán de fusión intercultural, un claro intento de superación de las fronteras, para llegar al mito de la Unidad universal. Es ahí donde se explican sus furores esotéricos y místicos de última hora, sus indagaciones atlántidas, su interés por la divulgación científica y su tendencia a la digresión. Sender salta los límites de los géneros, de la composición literaria, de los saberes humanos. Y une todo en un “totum revolutum” aún pendiente de valorar, con una concepción posmoderna del oficio de la escritura. Precisamente una valoración de ese “último Sender”, tradicionalmente denostado por digresivo y difícil, acaba de ser emprendida por la crítica especializada (Jean-Pierre Ressayot, José Carlos Mainer, Víctor Fuentes...).

---

<sup>18</sup> En esto son distintos Laín y Sender. El primero siente vocación por la tarea de enseñar, acude puntualmente a sus clases, incluso siendo rector no deja el contacto con los alumnos, tras la jubilación sigue impartiendo cursos de doctorado, en su quehacer hay una marcada preocupación didáctica y un elevado sentido del deber. Nelson Orringer ha definido a Laín como “médico sin práctica”, apasionado por la tarea investigadora. El de Chalamera, en cambio, ve en la cátedra universitaria un desahogado modo de vida que le deja tiempo para escribir. No preparaba sus clases, que se desarrollaban como conversaciones y que nunca se sabía adónde iban a llevar (aunque, por lo mucho que podía comunicar, no carecían de interés). No le interesaba el ambiente universitario, salvo quizás los escarceos con alguna que otra Nancy doctoral, atraída hacia él por su prestigio de escritor. Consideraba incapaces a los rectores y decanos, subclase de los políticos de los que había salido escamado en sus años republicanos. Era profundamente antiacadémico, no creía en la objetividad ni en el análisis ni en el poder del intelecto.

Las ideas posmodernas de Sender hay que relacionarlas con su residencia en los Estados Unidos, donde vivió más de cuarenta años. Esta es una de las cuestiones que más le distancia del Laín racionalista, eurocéntrico y amante de la filosofía germánica y del “pensamiento fuerte”. Mientras Sender busca la Atlántida, un Laín cientifista, partidario del mito ilustrado de la modernidad, pone su fe y su saber en la estructura, en el poder del intelecto. El Sender que divaga contrasta con el Laín que sistematiza. Uno mira hacia el pasado, el otro hacia el futuro. Al bajoaragonés le impresiona la luz, lo meridianamente filosofado; al del Altoaragón, le sugestionan lo oscuro, lo arcano y misterioso. A Laín le aplica Carpintero<sup>19</sup> la frase de Goethe “Yo me declaro del linaje de esos que de lo oscuro hacia lo claro aspiran”. Curiosamente, ambos manifiestan un mismo y único afán escatológico, expresado por caminos distintos.

Francisco Carrasquer, uno de los senderianos más ilustres, ha recordado que, a pesar de su anticlericalismo, Ramón José ha sido, junto con Unamuno, el escritor de mayores ansias metafísicas del siglo XX, constante buscador de ese “misterio de lo Real Absoluto”. Afán de trascendencia que Sender comparte con Laín, pensador de hondas raíces cristianas<sup>20</sup>, cuyos esfuerzos últimos se consagran a la elaboración de una antropología médica compatible con la idea de elevación, como podrá comprobar quien lea su libro *Idea del hombre*. Laín dejó escrito que el hombre necesita desarrollarse en un ambiente de pluralismo y libertad. Le preocupó tremendamente la vida social, el descubrimiento del otro y su reconocimiento como prójimo, única manera de fundamentar la convivencia pacífica. La proximidad, la amistad y el amor son las relaciones intersubjetivas que estudió con más apasionamiento. El trauma bélico lo empujaba a la tolerancia. Y aún, al vitalismo y al optimismo<sup>21</sup>. Su teoría se fundamentaba en el precepto bíblico del “Amaos los unos a

---

<sup>19</sup> CARPINTERO, Helio: “Laín, lector de Freud. Una primera versión antropológica”, *Turia*, 61 (junio 2002), p. 183.

<sup>20</sup> Propiamente, raíces católicas. Laín es católico confeso, mientras que Sender, como pone de manifiesto en su primer libro *El problema religioso en México: católicos y cristianos*, de 1928, se sitúa más bien en la tradición cristiana occidental, aunque sin una adscripción eclesial clara.

<sup>21</sup> En Laín, que yo sepa, no aparece, por ejemplo, ese temor nuclear tan característico del último Sender y de los ambientes intelectuales posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Hiroshima y Nagasaki, creo, no dejan huella en el entusiasmo científico de Laín, en su fe en el progreso de la especie humana. Hay una voluntad de optimismo en Laín, proyectada sobre el horror bélico y nuclear,

los otros”, en el principio teológico del “Deus caritas est”. Para Laín, como también para Sender, es el amor lo que mueve el mundo. “Facientes veritatem in caritate”, sólo en el amor se encuentra la verdad, decía parodiando la frase de San Agustín (“sólo por amor se entra en la verdad”).

En definitiva, creo haber demostrado las consecuencias de la guerra en la vida, la obra y el pensamiento de estos dos aragoneses, uno de “dentro” y otro de “fuera”, diferentes entre sí en carácter, ideología, estilo y vocación; pero iguales en el hecho de haber combatido en aquel horror y de haber sufrido sus secuelas. La guerra los cambió, alteró su proyecto vital y les hizo proyectarse a la búsqueda de un horizonte de conciliación y encuentro, donde fuera posible el perdón, el respeto al otro, la convivencia en paz. Como afirmaba el propio Laín, el hombre es animal histórico, capaz de regresos y progresos; un “idem sed aliter”, siempre igual y siempre diferente, al contrario de los animales, “semper idem”, incapaces para el cambio, atrapados en un mundo de estímulos más que de realidades.

Hay, por supuesto, diferencias importantes en su manera de entender al hombre, sobre todo en cuanto se refiere a la “persona”. Para Laín, lo que él llama en términos zubirianos “el dinamismo de la suidad” (el componente intelectual humano, el pensamiento) es lo que eleva al hombre sobre el animal y lo hominiza, alejándolo de la pura biología. El intelecto hace al hombre “persona”, un “plus” añadido a nuestra condición zoológica. Para Sender, al contrario, lo que cuenta es lo que, de modo original, denomina “lo ganglionar”, la vida instintiva, y lo que desprecia es, precisamente, la inteligencia, la razón que nos aparta de la naturaleza. El hombre debe ser hombre (esto es, animal). El “ser persona” no es más que el disfraz sociable de su índole, conforme a la etimología<sup>22</sup> de la palabra (“persona”, en griego “máscara”). La “persona” es, para él, un “minus”, no un “plus”; algo añadido que hay que apartar para encontrar lo verdaderamente humano. Sender se inscribe en la

---

que es como aferrarse a un sentido positivo y vitalista de la existencia. Es hombre de esperanza y creencia “a prueba de bomba”, si se me permite la expresión.

<sup>22</sup> El gusto por la etimología es común a los dos autores estudiados, quienes incluyen frecuentes aclaraciones etimológicas en sus obras, si bien Laín de una manera más científica y documentada y Sender al modo posmoderno, mezclando la realidad con la fantasía, el ser con el querer ser, la mentira con la verosimilitud.

órbita del pensamiento vitalista y subconsciente (Nietzsche, Bergson, Freud...) y Laín en la del racionalismo cartesiano (Ortega y Zubiri, principalmente)<sup>23</sup>.

Hay también diferencias importantes en su manera de realizar las operaciones cognoscitivas en el cerebro. Mientras que en Sender la toma de postura se basa en el binarismo, es decir, en una elección entre dos posibilidades (montaña-llano, civilización-barbarie, persona-máscara, hombría-personalidad, arte comprometido-arte fáustico...), a Laín, de mente más científica y raciocinio disciplinado a través del estudio, le gustan los esquemas más complejos y parece preferir la tríada (amor constante-distante-instante; hechos-actos-eventos; problema-enigma-misterio). Sender es dicotómico y visceral, a Laín le gusta considerar reposadamente el matiz y para captarlo en toda extensión necesita recurrir a series más extensas que las binarias, trinarias cuando menos.

Laín es el científico humanista educado en el rigor y contagiado, por el trato con escritores, artistas y poetas, de la querencia creativa, de la comezón literaria; su prosa destaca por su limpidez y pulcritud, por el uso preciso de cada vocablo en un sentido denotativo y de elegancia o buen decir. Sender es la subjetividad que crea, el narrador puro que busca cautivar al lector, sujetarlo al yugo de las connotaciones; y al tiempo es el profano que teme la tecnología y ama la ciencia, que elogia la vida retirada del científico, sabio, ajeno a la pompa mundana; se siente atraído por la ciencia, pero su falta de disciplina lo arrastra por la pendiente de la mixtificación y de la idea brillante defendida más por intuición que con pruebas; lee a Erich von Daniken y Lobsang Rampa y se desliza peligrosamente de lo científico a lo esotérico, lo vulgarizado, la mística y lo apócrifo. Lo suyo son las sugerencias imposibles.

---

<sup>23</sup> Es curioso observar que Laín se muestra en la valoración de la “persona” más cerca de Gracián que Sender, a pesar de que el autor de Chalamera siempre sintió admiración por el belmontino. Gracián distinguía entre “gentes” y “personas”; las primeras eran “hombres-masa”, en el sentido de Ortega y otros filósofos contemporáneos, y sus defectos llega a concretarlos el autor de *El Criticón* en “el monstruo Vulgacho”. Las personas, en cambio, son las que buscan esforzadamente su esencia o identidad. Para Gracián y Laín, la persona es un constitutivo fundamental de lo humano. Para Sender, en cambio, fundirse con la masa, aniquilarse en el populacho sin querer sobresalir, es el camino y la personalidad no es más que una manifestación del egoísmo burgués, del afán de protagonismo. Podrá encontrarse más información al respecto en Carlos Lorenzo Lizalde, *Historia narrada de la Filosofía Aragonesa y su relación con la Universal*, Zaragoza, Mira, 2002, pp. 86 y 87.

Pero por encima de las diferencias, creo que lo más importante es que Laín Entralgo y Ramón Sender fueran seres capaces de vivir en una época turbulenta sin ser arrastrados por el huracán. Ambos supieron permanecer en su puesto, fieles a su vocación, asumiendo su pasado –reinventándolo-- y reorientando su futuro en un sentido de trascendencia, comunitarismo y reconciliación. El ángel de la concordia se cruzó en su camino.